

SERMON MORAL

SOBRE

LA PREDESTINACION.

(SEGUNDO DE SEXAGÉSIMA.)

Deus vult omnes homines salvos fieri, et ad agnitionem veritatis venire.

Quiere Dios que todos los hombres sean salvos, y que vengan al conocimiento de la verdad.

(I AD THIMOT., cap. II, vers. 4.)

Por tercera vez, amados míos, he sido llamado á anunciar desde esta sagrada cátedra la buena nueva en el santo tiempo de Cuaresma; cuando en la primera empecé á descubrirlos las grandezas de la Religion, todas mis palabras salian de un corazon lleno de esperanzas. ¡Ah! Dios es mi testigo; viera yo en las cortas instrucciones que os diera de antemano, que presentábais el cuadro de una tierra fértil; pensaba que érais un pueblo dócil, y os hacía justicia: y como el labrador, ávido de ver en su tiempo oportuno la dorada mies, tomaba yo en mis lábios la palabra divina y la arrojaba indistintamente; entre tanto grano de doctrina como plugo á Dios poner en mis lábios, cuál cayó entre espinas y quedó ahogado en su mismo gérmen, cuál se escondió entre piedras, y no germinó por falta de humedad, cuál quedó en la superficie y se lo llevaron las aves, y quizá algunos fueron á dar á tierra fértil, y han dado frutos céntuplos. Si no diera el cielo mayores bendiciones, creo que se deba á la indignidad del ministro. Por segunda vez me presenté

como embajador del Rey pacífico, y eran aún más lisonjeras mis esperanzas, creyendo que la reforma de costumbres continuaria su marcha, que lentamente habia comenzado, y Dios tuvo á bien permitirme el llegar á la conclusion de mis tareas cuadregesimales, en cuyo curso me ví arredrado por mi debilidad. Cuál haya sido el fruto de la palabra de Dios, anunciada con tanta profusion por otros operarios más dignos, más celosos y más puros; cuál ha sido el fruto que hemos allegado en las trojes del Señor, sólo lo conoce el Padre celestial, á quien compete únicamente dar la sávia multiplicadora, como dice San Pablo.

Hoy día no puedo gloriarme con lisonjeros porvenires; os hablo por tercera vez: soy hombre limitado, ni tengo otra prevision que la que suministra la presencia de los efectos con relacion á sus causas; he visto aquéllos, y de ellos deduzco una consecuencia triste, lamentable y dolorosa; veo los templos abandonados, los veo á las veces concurridos, mas la muchedumbre trae consigo la profanacion y el escándalo; veo la misma inmodestia en vuestras hijas; á las veces tambien me he sonrojado al ser testigo del impudor con que se traen al sagrado recinto las modas de la sensualidad, que hasta desdican de la modestia cristiana en los saraos y teatros; veo la misma frecuencia de diversiones, el mismo entusiasmo por los espectáculos; veo que se emplean sumas exorbitantes en concurrir á representaciones, en lujo inmoderado, en alhajas innecesarias, miéntras que se representan á cada paso los más lúgubres cuadros de dolor en que gime la humanidad bajo el peso de la miseria, ante cuyo hórrido y compasivo cuadro se muestran insensibles los corazones.

Al dar principio á mis tareas apostólicas rodeado de tantos testimonios de vuestra indiferencia y apatía, no quiero aún descargar los rayos de la palabra de Dios,

anunciándoos los castigos del cielo á que os exponeis por vuestra ingratitud. Voy á hacerme olvidadizo de vuestros errores; no quiero avergonzaros con la enumeracion de vuestros excesos contra la ley divina, y me contento tan sólo con dirigiros esta pregunta. ¿Es voluntad de Dios que paseis vuestra vida sin pensar en vuestra eterna suerte? Para contestarme, pensad que no hay en todo el universo más que dos objetos, Dios y vosotros; Dios, que como Criador os ha dado la vida; Dios, que como padre os adoptó por hijos en Jesucristo; Dios, que como fiel ha cumplido sus palabras de amor; Dios, que como justo os ha de examinar, y salvar ó condenar irrevocablemente, segun su misericordia y justicia, y segun vuestras obras; y vosotros, que teneis un alma racional, espiritual é inmortal, en quien indeleblemente está impreso el sello de la eterna luz, mirad al abismo, cuyas fauces se abrieron por el pecado; mirad al cielo, cuyas puertas abrió la sangre del Verbo divino. Aquí está el que tiene en cada uno de vosotros el retrato de su gloria; aquí vive el que dió su vida por vuestro amor. ¿Habrà delineado el supremo Artífice tan bello cuadro para arrojarlo al fuego? ¿Habrà hecho tanto prodigio de amor para que vosotros los hagais de odio y aversion? No quiero daros lugar á responder; hable por mí y por vosotros el divino Pablo; no es ésta la voluntad de Dios; no quiere este Dios de verdad que sus hijos profesen la mentira; no quiere el espíritu increado que la razon espiritual del hombre viva en el fango de la corrupcion; no quiere el Dios Santo que sus imágenes se contaminen en el pecado, porque se pierden para siempre y se condenan; ántes al contrario, quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad: *Vult omnes homines salvos fieri*, etc.

Hé aquí, amados míos, vuestro destino; hé aquí la gran dicha á que estais predestinados desde la eternidad;

de esta predestinacion depende nuestra suerte eterna; Dios no quiere que se pierda la obra de sus manos; lo ha dicho á todo el linaje humano en las delicias del Eden, cuando prometió á Adan pecador la redencion eterna; lo dijo en el Sinaí, lo repitió en el Tábor y en el sangriento Gólgota, lo ha anunciado por los Profetas y los Apóstoles; pero no ha querido revelar al hombre en particular su predestinacion al cielo. ¿Sabeis por qué? Para que con temor y temblor trabajásemos por nuestra salvacion. Voy, pues, á tratar esta delicadísima materia, demostrándoos que «Dios quiere que todos los hombres se salven.» *Deus vult omnes homines salvos fieri*, etc.

¡Dios mio! Ya que no merezca yo vuestras miradas de complacencia, os pido que, en atencion á los méritos de vuestro Hijo, bendigais nuestros trabajos sacerdotales, para que produzcan frutos dignos de penitencia en este pueblo. Os pido esta gracia para mí y para todos aquellos que son llamados al ministerio de la palabra, y para mover vuestra piedad interpongo la mediacion de la criatura más pura que ha salido de vuestras manos divinas, ante la cual postrados decimos todos

AVE MARÍA.

La omnímota independenciam del Sér divino, el haber criado á todo sér racional por su propia voluntad, el poseer infinitos tesoros y el ser omnipotente, son títulos suficientes para que pueda Dios disponer de sus criaturas en el tiempo y en la eternidad, sin que nadie tenga derecho para pedirle razon de sus operaciones ni acusarlo de injusto. ¡Ah! ¿Quién osará alzar su voz que no se vea anonadado al momento entre los tonantes acentos del Omnipotente? De mil palabras que Dios pronuncie, ¿podrá el hombre responder á ¡una sola? Debiendo al supremo

Artífice su existencia, su razon y sus destinos, ¿podrá el hombre decirle: «por qué me has hecho así?» Si al contemplar las maniobras de un alfarero, al ver cómo del mismo barro fabrica vasos que han de servir de adorno en los salones de los régios alcázares, y otros cuya destinacion ha de ser ínfima y vil, nadie se aventura á preguntar el por qué de tan diferentes destinos, ¿cómo tendrá nadie la osada temeridad de preguntar al Autor de cuanto existe por qué lo salva ó lo condena? Somos nosotros, relativamente á Dios, lo que es el material en manos de un operario; dispone éste de aquél con toda arbitrariedad, y nunca oirá reclamacion alguna en su inanimado paciente, porque está negado de toda sensibilidad y raciocinio; es verdad que somos espirituales y dotados de razon; mas no somos deudores de este beneficio á nosotros mismos; Dios nos ha hecho sus imágenes por su simple querer; nos ha repartido su inmortalidad por su beneplácito y sólo por su voluntad; formó un cielo para nuestra bienaventuranza, y un mundo para que lo habitemos. ¿Podía Dios hacer que fuéramos espíritus de un día? ¿Podía destinarnos á vivir eternamente sin concedernos la dicha de gozarlo? Sí podía, y nadie tenía derecho á reclamar otro orden de cosas, porque es árbitro el Señor de todo cuanto ha salido de sus manos, y puede hacer de toda criatura lo que hace el fabricante de la masa del barro tosco é informe: la Omnipotencia divina posee este derecho naturalmente.

Sin embargo, amados míos, ¿ha obrado Dios de esta manera? Dios es sapientísimo, y no puede dar á luz una criatura sin destinarla á un fin recto; Dios es justo, y no puede criar un sér racional para el infierno con sus tormentos, porque el infierno es un castigo; el castigo supone culpa, y no puede Dios engendrar la culpa, ni destinar sér alguno á que la cometa, pues entónces no sería Santo por esencia, no sería Dios. ¿Cuál habrá sido,

pues, el fin primario que se propuso Dios al criar al hombre? Como sábio, como justo y como santo no podia hacerlo racional, imprimirle en el corazon su luz é imponerle preceptos, sin destinarlo para el cielo. Esta es la sentencia de Agustin, ésta la doctrina del divino Pablo, ésta tambien es la mia, y debe ser la vuestra. La voy á examinar por partes, para proclamar á la faz de la tierra, con el Apóstol de las gentes, que Dios quiere que todos se salven y ninguno perezca.

Fijemos desde ahora dos principios, de los cuales hemos de partir. Dios, y toda la masa de la humanidad; Dios, y cada uno de los hombres; lo que ha hecho por todos en general, y lo que realiza por cada uno de nosotros, son el argumento más ineluctable de que Dios quiere que todos nos salvemos.

En el paraíso de delicias es donde Dios da á conocer al hombre su predestinacion; el fin naturalmente propio de éste no podia ser más que la bienaventuranza temporal; la eterna es de una esfera que excede las fuerzas de la naturaleza, y para llegar á conseguirla, además de la donacion gratuita por parte de Dios, es necesaria la gracia sobrenatural, sin la cual no podia hacer el hombre ni un solo movimiento meritorio de vida eterna; todavía no hay en la tierra más que un hombre; pero este hombre contiene moralmente á todos sus descendientes. Adán es la raíz del árbol gigantesco de la humanidad, de la cual recibirán la sávia el tronco, las ramas, las flores y las hojas; cuidado que se inficione aquélla, porque ruin y miserable será todo lo que depende de ella. En aquel hombre estaba cifrada la suerte de todos sus hijos; dióle el Señor una ciencia la más dilatada, una sabiduría profunda, un conocimiento exacto de todas las verdades; para ser el representante de todos los hombres así era necesario, y, excepto Jesucristo, ningún viviente de su raza ha sabido tanto como él, y creo sin

vacilar que supo tanto como todos sus hijos juntos. Tambien recibió del cielo una voluntad extrema para que obrase el bien libre y meritoriamente, y por último conseguia su fin natural propio, la dicha temporal con la justicia original, y el sobrenatural con la gracia santificante. Esta era su suerte, y á ella estaba vinculada la de sus hijos. Para conservarla para sí y para todos, no tenía otra obligacion que guardar un precepto, el más insignificante, que era el no comer de una fruta que Dios le inhibió para tentar su sumision.

No hay para qué repetir lo que se oye cada dia en la sagrada cátedra: Adán apostató de la obediencia; ¿y cuál fué el resultado del pecado de Adán? ¿Formarse al momento el infierno? No, porque ya existia: como que Dios lo habia ya abierto con destino á Satanás y á sus ángeles. ¿Cerrarse el cielo? No, porque tenía Dios decretado desde la eternidad la encarnacion del Verbo, y esta encarnacion abria sus puertas para siempre. ¿Cuál era, pues, la consecuencia que se originó para Adán y sus hijos? Pensémoslo bien, amados míos, para que ni el incrédulo blasfeme, ni el creyente se desanime. El cielo y el infierno quedaron abiertos, aquél por la sangre del Hijo de Dios, éste por la prevaricacion del hombre; el camino para la gloria, que era llano y delicioso en el estado de inocencia, se volvió en áspero y montuoso, y el del abismo anchuroso y fácil; no por haber pecado el primer hombre se anuló la predestinacion del linaje humano á la gloria y á la gracia; se hizo ménos asequible la bienaventuranza; ¿y por qué? Porque compuesto el hombre de alma racional y de cuerpo sensitivo, teniendo al frente de sí los goces de un mundo pasajero, viendo sus delicias, sus tesoros, sus glorias, todo material, todo carnal, y columbrando tan sólo á lo léjos con las luces de la fé y de la razon las delicias de la vida venidera, teniendo un entendimiento debilitado, una vo-

luntad inficionada, el sensualismo prevalecería en muchos hombres sobre el espiritualismo, la carne sobre el espíritu, lo presente sobre lo futuro, la adoración de la criatura sobre la del Criador, y en consecuencia el infierno sobre el cielo. Piedras cuadradas y enormes echó Adán en el camino del cielo; mas tanto él como sus hijos, ¿no podían acaso pasar por entre ellas, y prevalecer contra el áspid y el basilisco, que hicieran sus madrigueras en sus cóncavos senos? La gracia de Dios fué presentada á todos los hombres por la encarnación del Verbo; con ella podían vencer las dificultades, superar los obstáculos y arribar al cielo.

¿Y no es esto suficiente para salvarse? Con la encarnación del Verbo divino, ¿no queda perdonado todo el reato de la culpa de Adán? ¿No son nuevamente llamados los hombres á la gloria, con sola la condición de adquirirla con más trabajo? Óigase con atención la doctrina que sobre esta materia enseñan los santos Doctores. «El que afirma, dice San Próspero, que Dios no quiere que se salven todos, sino un cierto número de predestinados, habla con una dureza atrevida, que no conviene á la gracia de Dios; de todo el mundo, todo el mundo es elegido; de entre todos los hombres, todos los hombres son escogidos.»—«La voluntad de Dios, afirma San Agustín, es que todos se salven, y ésta es invencible; si los hombres desprecian los dones de su misericordia, experimentarán la fuerza de su poder justo; y así es siempre cierto que la voluntad divina es invencible, porque cuando el hombre la vilipendia, le queda á Dios el recurso de enviarlo al destino que ha merecido.»

Hemos registrado en las palabras divinas lo que Dios quiere al hombre, y la confirmación de estas palabras la hallamos en las obras; cúmplase al momento de efectuarse la redención humana; ¿y quién no se sobrecoge de temor al ver cómo se realiza? Toda la grandeza de

Dios se anonada bajo el tosco ropaje de la humanidad; aquí se eclipsa su gloria; aquí el Dios Santo se ve cubierto de ignominia; no basta que encarne ni que nazca en un establo vil, ni que pase una vida de trabajos y persecuciones; el precio de la sangre de Dios derramada ha de ser sobreabundante para redimir á todos los hombres, dado caso que fuesen infinitos, y para que lo sea, esta sangre es derramada á fuerza de azotes, de espinas, de clavos y de lanza cruel. Antes de consumarse el sacrificio, el Cordero es infamado, insultado, escarnecido, atrallado, y comparado con asesinos y ladrones; es tratado de sacrilego y revoltoso, y por fin muere oyendo sarcasmos y blasfemias. Hé aquí cuanto hace Dios para salvar la masa de la humanidad proscrita por la culpa.

Ahora me dirigiré á cada uno de los hombres, y le preguntaré por qué Dios ostenta de un modo tan visible su amor para con cada cual; el beneficio de creación es universal, lo es el de la redención, lo es el de la conservación. Por ser generales, ¿dejan acaso de ser particulares? Lo que Dios ha hecho por todos los hijos de Adán, ¿no es propio de cada uno? La sangre del Verbo, derramada con una generosidad incomprensible, ¿deja de tener un valor infinito respecto de la parte, por tenerlo respecto del todo? ¡Qué! ¿No murió Jesucristo por Cain, Nemrod, por Antíoco, Judas, como por su misma Madre, por Abel, por Abraham y todos los demás justos? ¿No dió igualmente su vida por los verdugos que le crucificaban, y por María Magdalena, que le amaba con intension y lloraba abrazada con la cruz de su Redentor? ¿No es Jesús aquel de quien dice el divino Pablo que se dió en oblación y redención por todos los hombres? ¿No es aquel Mediador que se entregó por nuestros pecados para salvarnos de la corrupción del siglo, según la voluntad de su Padre? Pues este mismo es aquel de quien exclama el dicho Apóstol, lleno de humildad y de grati-

tud: «Gracias doy á Jesucristo que se ofreció en sacrificio por mí; por mí, que soy el ínfimo de los Apóstoles, indigno de este nombre, pues he perseguido la Iglesia de Dios.» De este mismo dice que no es aceptador de personas, y que igualmente recompensará al judío y al gentil, al bárbaro y al civilizado.

Ni un solo hombre puede haber á quien no llegue este beneficio infinito; miéntras esté en estado de peregrino sobre la tierra, brillará á sus ojos la luz que lo guia á su pátria, y columbrará el faro de salvacion que le enseña en lontananza el puerto seguro; tiene que bogar por un mar proceloso; está expuesto á ser envuelto por las olas de la iniquidad; pero no le falta una áncora á que asirse, y es Jesus; se le presenta la gracia como un escudo y una espada, para que pueda estar á la defensiva y ofender tambien á sus enemigos.

Una consideracion espantosa abrumba mi espíritu en este momento, y surge tambien en el vuestro. Dios quiere que todos los hombres se salven; los ha dotado de razon, criándolos á su imágen y semejanza, para hacerlos partícipes de su felicidad increada; ha reformado esta imágen, deteriorada por la culpa; ha dado su propia vida para conseguirlo; el más íntimo pensamiento de Dios parece ser la salvacion de los hijos de Adan. Esto es infalible é innegable. ¿Cómo, pues, permite Dios que haya tantos pueblos sumidos en las tinieblas de la idolatría? ¿Cómo hay tantas sectas disidentes en el seno del Cristianismo? ¿Cómo este gran árbol se ha dividido en tan multiplicadas ramas, á cuya sombra pretenden salvarse todos los sectarios, siendo así que sólo consiguen su salvacion eterna aquellos que conservan la fé de Pedro, las tradiciones, los Sacramentos en la no interrumpida sucesion de los Pontífices de Roma? Seguramente, amados míos, es éste el misterio más recóndito á las investigaciones de la filosofía cristiana; no pretendo, con todo,

eludir la dificultad montañosa, cubriéndome con el yelmo de los arcanos: salgo á pulverizarla frente á frente; no intento descubrir lo abstruso de la ciencia divina; mas he de manifestar la causa, y os la he de hacer tan palpable, que la veais en cada uno de vosotros.

¿Tiene Dios la culpa de las aberraciones humanas? ¡Señor, dadme vuestra ciencia para comprender tan amorosos designios, y la fuerza celestial para defender vuestros derechos! Yo registro, señores, la primera edad del mundo, y hallo que se salvaron Adan, Seth, Abel, Enoch, Matusalen y Noé; todos éstos, con otros muchísimos, creyeron en el Redentor futuro, y á su debido tiempo entraron en el cielo; al lado de estos mismos hombres se crió un pueblo carnal, corrompido, cuya inmoralidad atrajo sobre el mundo la cólera divina, y el mundo pereció; despues del diluvio salió toda la familia humana de cuatro hombres justos; sin embargo, el error se propaga, la corrupcion contamina la masa de la humanidad, el culto del Dios verdadero sólo se conserva entre algunos hombres; al poco encuentro un pueblo formado por la mano divina, grande, sábio, religioso, adorador del Sér increado, miéntras todos los demás rinden culto al sol, á las estrellas, á los animales, á las plantas, á las pasiones, al impudor mismo, y en todos estos instrumentos al demonio. Aparece Jesucristo, y funda su Iglesia, aquella congregacion santa que ya tenía entre sus alumnos á Adan, Noé, Abraham, David, Moisés y á los Macabeos, y al poco alzan su frente altiva las sectas, arman sus potros los perseguidores, se aunan las naciones contra el edificio de la fé, se forman los cismas, se dividen los cristianos, se forma un enjambre de partidos llamados religiones; hoy el arrianismo, el maniqueismo, el pelagianismo, mañana el nestorianismo, el priscilianismo, la Iglesia griega, despues el protestantismo, el jansenismo, y junto con ellos la hidra de cien cabezas, cuyos hi-